

0335. Con dos corazones

Entre tantos males que padece la sociedad moderna existen también unos bienes que nunca antes se habían disfrutado en nuestra civilización. Entre estos bienes destaca el crecimiento, cada vez mayor, de una sensibilidad grande ante los pobres que sufren el mayor de los males como es el hambre, resumen de todas las injusticias. Hay mucho egoísmo, pero también mucha sensibilidad. A este propósito se me ocurre una anécdota curiosa.

En una rueda de amigos judíos se propuso un acertijo muy interesante. Un escrito hebreo de hace muchos siglos decía:

- Cuando el hombre está en ayunas tiene dos corazones; pero después de comer sólo tiene uno.

¿Qué quiere decir esto? Un rabino muy listo dio la mejor solución:

- Cuando el hombre tiene hambre siente latir su propio corazón y el de los pobres hambrientos; pero, una vez saciado su apetito, sólo siente su propio corazón, porque ya no vuelve a pensar en el hambre de los demás (Yacob Samson von Kossow)

Todos estamos de acuerdo con este razonamiento del bueno y prudente judío.

Y a la verdad, que esta manera de pensar nos viene de primera en nuestro Tercer Mundo, donde el hambre de muchos paisanos nuestros es un mal crónico que parece no tener solución.

Sin embargo, esa solución la tenemos casi a la mano.

Porque nos basta con meter dentro del pecho otro corazón y latir siempre con dos corazones. Podremos entonces estar nosotros bien satisfechos y, a la vez, tener grandes reservas de compasión y generosidad con los hermanos que nos necesitan.

¿Es una humorada esto de los dos corazones?... No lo creamos. Todos podemos meter dentro de nosotros el Corazón de Cristo, pues esto es lo que

nos dice San Pablo cuando nos encarga tener *los mismos sentimientos que Cristo Jesús* (Filipenses 2,5)

Y Jesús, al ver las turbas hambrientas, dijo conmovido:

- *Me da compasión esta pobre gente, pues desde hace tres días que me siguen y no tienen qué comer* (Marcos 6,37)

El remedio lo puso Él con un milagro bien sonado, como fue multiplicar el pan. Y nosotros, si amamos con el Corazón de Cristo, nos ingeniamos también de mil maneras para poner remedio a tan grave mal como es el hambre de los que nos rodean.

Un joven universitario de París oye el reproche de sus compañeros incrédulos:

- *Tú, siempre en Misa y con rezos. Pero vosotros, católicos, ¿cómo demostráis vuestra fe? El rezar no basta.*

Y Federico Ozanam —que así se llamaba aquel joven extraordinario— reflexionó en serio:

- *Sí; nosotros, católicos, ¿con qué demostramos nuestra fe?*

No se quedó en palabras bonitas. Con un grupo de compañeros daban bien pronto principio a las Conferencias de San Vicente de Paúl, que en más de siglo y medio han llenado el estómago de muchos hambrientos...

Nosotros, los cristianos, tenemos miles de medios para demostrar ante el mundo nuestra fe. Todos los medios son buenos, todos laudables.

Pero como la caridad, ninguno.

Caridad que se convierte en dinero, en ropa, en calzado, en una casita, en mesas que llenamos con abundancia... Las obras materiales de asistencia al necesitado son la única garantía de la legitimidad y autenticidad del amor.

Cuando Cristo no llega a la billetera y al bolso es que aún no ha entrado en el corazón... La generosidad es el termómetro del amor a Jesucristo.

Ese amor que nos impulsa a dar, y a dar cuanto podamos, alivia ciertamente a muchos necesitados.

Pero lo maravilloso del amor cristiano es que el primer beneficiado del amor es el que reparte por amor y con amor.

Cuanto más amor da, más amor recibe de aquellos a quienes reparte amor. Y en el dar amor y en el recibir amor es donde se encuentra la mayor realización de la persona.

Además, el que comparte lo suyo con amor se gana el Corazón que más interesa ganarse, como es el Corazón de Dios.

Es una gran cosa eso de tener amarrado nosotros el Corazón del mismo Dios. Hasta en los bienes materiales, porque nadie desmiente ese dicho popular:

- Matemáticas de Dios: el que más da, más tiene.

Por la sencilla razón, de que Dios nos se deja ganar en generosidad.

Ante tanta necesidad de los pobres, la Madre Teresa de Calcuta dijo que todo lo que ella y sus Misioneras hacían no era más que una gota insignificante echada en el mar. Cierto. Pero esa gota hace que la necesidad disminuya al menos en un poquitín... Son palabras textuales de la Madre:

- Mi trabajo es una gota en el océano. Pero si yo no se la metiese, el océano tendría una gota menos.

¡Señor Jesucristo!

Para entender al pobre necesitamos tener dentro tu propio Corazón.

Con él bien metido en nuestro pecho, haremos maravillas entre esos pobres tan queridos de ti... ¿Nos prestas, Señor Jesucristo, tu admirable Corazón?...